

"PERSONA"

Este es el título original de la última película de Ingmar Bergman, cuyo cine es casi desconocido para el público costarricense. Si continúa la buena acogida del estreno, tenemos derecho a esperar ver pronto **Los Silencios**, **La Fuente** y otras de sus obras, ú-



Roberto Murillo

nicas en el cine mundial.

La preocupación principal de Bergman es el problema de la comunicación. ¿No es cierto que las palabras traicionan los pensamientos, y más aún, los sentimientos? ¿No ocurre que cuando intentamos comunicar a los otros lo que tenemos de más íntimo y concreto, no tenemos más alternativa que usar gestos y términos de uso común, de significación general? Nuestras relaciones con el prójimo están dominadas por la máscara de las convenciones, y vivimos asumiendo un papel, un personaje que no somos nosotros. La máscara que un actor

de la tragedia griega usaba para representar su papel da la primera acepción de la palabra "persona".

Elizabeth, en "Persona", es una actriz que durante un ensayo de **Electra** se interrumpe, y cae en un mutismo que no alcanza solamente al papel que desempeña en el teatro, sino también al que desempeña en el mundo. Su silencio es voluntario, como el del sofista Cratilo, y no es producto de ninguna afasia fisiológica o psicológica. En un primer plano, el silencio de Elizabeth es el orgulloso silencio de la autenticidad.

Pero Elizabeth no está sola, sino que una enfermera, Alma, va anudando con ella una difícil relación, en un diálogo en que ésta asume los dos papeles: habla por sí misma y por Elizabeth, que delega en la enfermera la inautenticidad del lenguaje: vive en una transferencia aquello que no quiere asumir directamente, pero a lo que la condición humana no le permite renunciar. Alma es para Elizabeth el camino del simbolismo, el itinerario obligado de la propia objetivación.

Si hablamos de transferencia,

podríamos también decir que no se trata de dos personajes, sino del desdoblamiento de uno solo, y no quizá de una esquizofrenia, sino, una vez más, de una dualidad inevitable de la existencia finita, pues aún el hombre más "normal" vive en la ambigüedad del lenguaje.

El lenguaje es la condición de nuestra relación interpersonal, y por lo tanto, de nuestra persona, pero es a la vez la negación de su raíz inefable. Nuestro inconsciente se manifiesta y se oculta en nuestra conciencia lúcida.

Pero Elizabeth, a fuerza de expresarse por boca de Alma, queriendo conservarse fuera del juego, encuentra que el lenguaje, profundizado, después de habernos objetivado, intenta recuperarnos. Alma conduce a Elizabeth a la conciencia de sí, y su pureza comprometida justifica su nombre: su pureza de pecadora, que sufre el Calvario y el clavo de la cruz. No se puede ser persona sin el sufrimiento del teatro, sin asumir un papel, sin ser "persona", sin el momento de lo negativo.

Pero el calvario del simbolismo conduce a la intuición de lo originario.